Karate Kid

Autor: Manolo Campa

En el otoño de 1961 llegué a Miami. Hablaba inglés mal… muy mal. No entendía y no me entendían. Empecé a ir al "High School" de mi barriada que ofrecía clases de inglés, gratis, para los que llegábamos de Cuba. Algunos nativos no simpatizaban con nosotros porque los trabajos que ellos realizaban antes lo hacían los exiliados ahora: Médicos lavaban platos. Abogados manejaban elevadores. Hombres de empresa despachaban gasolina. Profesores universitarios conducían taxis. Señoras que nunca habían trabajado fuera de sus casas, cosían en "factorías" de Hialeah o limpiaban habitaciones en hoteles de Miami Beach.

A aquellas clases nocturnas asistían jóvenes pertenecientes al grupo étnico que se sentía perjudicado. El inglés que hablaban lo entendía menos que el que escuchaba por la radio y la televisión. Eran altísimos, fornidos y me habían dicho que podían ser belicosos. Nunca se metieron conmigo pero… tomé medidas para adquirir conocimientos de defensa personal.

Por aquellos años empezaban a tener fama las artes marciales. Había un programa de televisión sobre esto que gozaba de gran audiencia. Yo no me perdía un episodio. Ilusionado me inscribí en el gimnasio de un profesor chino que me recomendó alguien que ya era su discípulo.

En la primera clase, el respetado profesor, al que le decían "master", me observó con asiática calma de pies a cabeza… y volvió a hacer el recorrido ocular de cabeza a los pies… palpó mis bíceps, y con notable falta de emoción, dijo algo en chino elevando los ojos al cielo como el que pide inspiración y me indicó que empezara a correr por una pequeña pista destinada a los que trotaban.

Pasaban los días y me inquietaba que no me incluyeran en el grupo de los que se atacaban y se defendían entre sí moviendo los brazos y dando patadas al ritmo de unos chillidos en chino. Un día, cansado de correr y no hacer otra cosa que sudar dando vueltas por la pista, le pregunté al "master" cuándo iba a empezar mi entrenamiento en defensa personal.

Pacientemente, con pasmosa serenidad, verificó visualmente mi estatura y estructura muscular para después dirigirme unas palabras que me resultaron chocantes: "Tu mucho bajito. Tu fofito como bebito. Colel, colel lápido, son tu mijol defensa pelsonal". Desde aquel momento empecé a sentir antipatía hacia los profesores de artes marciales.

Ha pasado casi medio siglo… con el peso de los años mi estatura se ha reducido y mi musculatura brilla por su ausencia pero con la sabiduría de los que hemos podido acumular juventud, comprendo que aquel "master" tenía razón, y acepto con orgullo tener un "Karate Kid" en mi familia: Andre, uno de mis nietos es profesor de artes marciales… es instructor de Kung Fu, antiguo método de defensa personal que practicaba el personaje central de aquel programa de

televisión que disfrutaba en la época en que estudié inglés. Quiero terminar dando un reporte sobre mi progreso en el dominio de ese idioma: Ahora entiendo todo lo que leo, casi todo lo que me dicen, y cuando hablo… casi nadie entiende lo que digo.

EN SERIO:

Es cierto que los inventos modernos han cambiado la manera de vivir. Los satélites espaciales, las fibras ópticas y la Internet han mejorado las comunicaciones entre los hombres. Pero ninguna invención produce en los mortales sensación más agradable que la del trato amable de otro ser humano.

La amabilidad es uno de los estilos más puros del amor. Requiere ser expresada sin excesos ni simulaciones. Se desmorona si no la sostienen la naturalidad y el desinterés. De ella brota la amistad. Por ella caen las barreras étnicas. Donde antes, los prejuicios y las incomprensiones eran murallas de desunión, la amabilidad, como puente, permite que los de cada lado se conozcan mejor, se traten y surja la amistad.

La violencia triunfa donde la amabilidad no existe o se considera síntoma de debilidad. ¡No a esto último! "Lo cortés no quita lo valiente" y es de hombres y mujeres civilizados, vivir sin agredir, y al tener que defender lo propio, hacerlo dentro de las normas del Derecho y las buenas costumbres.

Seamos amables y estaremos poniendo nuestro granito de arena en la construcción de un mundo mejor.